En la tierra de nadie lloro tanto
ansiando que me alcance compañía,
que hasta un pozo llené con este llanto
y hasta flores nací, lágrimas mías...

A veces oigo hablar en las orillas
que ciñen mi gran suelo calcinado.
Son voces sin amor, corrientes frías;
o un lamento de amor desesperado.

Contemplo las mitades pululantes,
escucho lo que exhalan por sus bocas:
ni una frase de paz que se levante
volando como un ángel sobre rocas.

Es duro caminar por mi camino;
es triste resignarse al desconcierto
que estar en soledad, como yo vivo,
provoca en el vivir que yo sustento.

Carmen Conde

de "En la tierra de Nadie". 1959.